

## Por tierras de Venezuela y México

Alberto Calvo Moralejo

El 13 de enero de 1977, llegué al aeropuerto de Maiquetía (Caracas, Venezuela), cuando tan solo hacía un año y algunos días que Carlos Andrés Pérez, presidente de Venezuela en su primer mandato, había nacionalizado el petróleo en ese país. Era invierno y por tanto, yo salí de Madrid con pantalón de pana dispuesto a afrontar mi aventura en Venezuela cuyo futuro era muy esperanzador. Mi corta vida de 29 años me contemplaba y, aunque iba con un contrato de trabajo para una empresa española dedicada a nuestra industria nacional, el Turismo, aquello no dejaba de ser un cambio importante en mi vida.

Yo ya había vivido fuera del terruño por razones de estudio o trabajo, en diferentes ciudades y en diferentes países lo que me daba una cierta experiencia para afrontar este nuevo desafío, en este caso latinoamericana. Y quizás ese fue mi error. Pensar que porque nos unía la historia y el idioma sería una continuidad de España o de mi Zamora natal. Antes que yo, muchos otros zamoranos habían corrido de manera individual el riesgo de hacer las Américas en este extraordinario país, pletórico de recursos, de bonanzas climatológicas, de paisajes inmensos de gran belleza y ávido de desarrollo a la sombra del nacionalizado petróleo venezolano

“Nuestra” emigración, la correspondiente a los años 70/80, teníamos algo más que trabajo para aportar a la sociedad venezolana; no tenía nada que ver con la de todos aquellos que llegaron, bastantes años antes, como consecuencia de los vaivenes políticos, sociales y económicos de Europa, a muchos de los cuales conocí en mi tiempo vivido en ese país.

Recuerdo perfectamente cuando, de madrugada, el avión aterrizó en Caracas. Entre el cuerpo destemplado por el poco dormir y la diferencia horaria, el frío acumulado del aire acondicionado y la comida y trato de

las aeromozas -así le decían por aquellas tierras a la azafatas- noté el calor bochornoso que entraba por la puerta recién abierta del avión. Esto de alguna manera me provocó un shock pues todavía estaba en el invierno de nuestra tierra. Y mi mente se trasladó a los primeros que llegaron en carabelas, con armaduras, sin saber dónde estaban. Por el día cortaban con sus machetes la vegetación tan exuberante para hacer las trochas por las que caminar, pero al día siguiente las sendas habían desaparecido porque la vegetación las volvía a hacer suyas envolviéndolas en ramajes y verdor. ¡Qué aventura aquella! ¡Qué aventura la mía!

Pasado el control de pasaportes y la aduana, al salir al recinto de espera de los pasajeros, una muchacha de tez morena, trigueña -como aprendí con el tiempo que se les llamaba a quienes tenían ese color de piel-, lucía un cartel con mi nombre. Aquello fue una especie de salvavidas en aquel maremágnum de acentos, colores, olores, gentes distintas de vestimentas diferentes. En el estacionamiento donde nos esperaba el coche para subir a la ciudad, y digo subir con toda la intención pues nos encontrábamos a la orilla del mar y la ciudad de Caracas está a 1.000 metros de altitud después de recorrer una veintena de kilómetros, se veían, a través de la canícula a esta hora del amanecer, las tenues luces de las poblaciones a la falda de la montaña, moviéndose sinuosas, ondulantes, como si de luces de un nacimiento se tratara. La realidad era bien distinta cuando se veían a plena luz del día y desaparecía todo el misterio de las nacientes luces del amanecer.

Los primeros días fueron de adaptación al medio: al clima, a la luz, a las gentes, a las formas de manifestare, al incumplimiento de los horarios... y de descubrir las costumbres, los modos y expresiones en el hablar que, salvando los modismos idiomáticos era bastante fácil de entender gracias a nuestro universal idioma que algunos, en la actualidad, pretender erradicar. La cosmopolita ciudad que era Caracas, un tanto desordenada, se estructuraba bajo las grandes autopistas y los modernos edificios de hormigón armado mezclados con las zonas de chabolas -aquí llamadas *ranchitos*- y amalgamados con las zonas coloniales del Centro -también llamado El Silencio- donde las manzanas se transformaban en cuadras, las calles no tienen nombre, no así las esquinas, que son las que

gozan de dicho atributo: de Cristo a Pelota, de Ferrenquín a Platanal, de Peligro a Pele El Ojo.

La primera dificultad la tuve para tomarme un café en la “fuente de soda” que había debajo de mi oficina. ¿Fuente de Soda? Y que será esto. Pues simplemente una cafetería en la que además vendían jugos de frutas naturales y batidos de tan diferentes nombres y sabores: parchita, tamarindo, guanábana, melón, patilla, etc. En España nada más llegar a una cafetería el camarero te informa a gritos que “al fondo hay sito, oiga” aunque el bar estuviese vacío; y en cuanto te apoyabas en la barra ya te estaba preguntando “¿qué desea el señor?”. Yo no sabía que en esta parte del mundo el camarero espera a que tú, cliente, le pidas y veía cómo llegaban nuevos clientes que desde la puerta ya iban pidiendo: “epa pana (amigo), dame un cortado y un vasito con agua” y, evidentemente, eran atendidos antes que este *musiú* (extranjero, palabra popular degenerada de la palabra *monsieur* del francés).

Llevaba allí algunos meses cuando dos amigos de mi pandilla zamorana decidieron también emigrar a Venezuela, sin duda por la facilidad que les suponía tener ya una cabeza de puente al otro lado del charco. Yo seguía con mi trabajo, bastante intenso con salidas frecuentes a las islas del Caribe próximas lo que permitía que mi situación irregular en el país se confundiera con la de un turista que entraba y salía con regularidad. La verdad es que no era necesario pasar por situaciones de ilegalidad pues si tenías unos cuantos bolívares, todo se podía arreglar legalmente aunque se utilizaran caminos no muy ortodoxos pero efectivos.

En este orden de cosas me viene a la memoria mi examen de conducir. Quizás el más denigrante de mi vida. Hice el teórico, una sala diáfana en la que cabríamos unas 40 personas sentadas en silla de brazo. Yo creo que era el único blanquito pues los demás eran morenitos que actuarían el día de mañana como motorizados, es decir, mensajeros de alguna o algunas empresas pero en moto. El examinador nos indicó cómo había que rellenar el test: “en la pregunta 1 pongan la cruz en la letra A, en la 2 en la C y ahora continúen Uds”. Y aquello fue como la señal que hubiera estado esperando cada uno de los examinandos para empezar a gritar: “no pana, dinos las otras, nosotros no sabemos, ayúdanos, es pa’ ganar la leche

para nuestros hijos” etc. Y el examinador, haciéndose eco de la petición masiva, no dudo un segundo en, como letanía de rosario, seguir diciendo en la 3 la B, en la 4 la A y así hasta la 40, última pregunta del test, lo que supuso una gran alegría para los presentes.

Para el práctico la persona de la Autoescuela, me llevó a un descampado en el que estaba el Ingeniero que nos iba a examinar. Aparcó el coche a su lado y, al bajarse para entregarle los papeles me preguntó - “¿Sabes manejar?”. A lo que le contesté afirmativamente. Me indicó a continuación que diera una vuelta con el carro hasta unos ramajes y regresara. Hice lo ordenado por mi “profe” y al regresar al punto de partida vi cómo se despedía del Ingeniero con los papeles firmados. Mi sorpresa fue tan grande que mi gran curiosidad me obligó a preguntarle “¿Y si no hubiera sabido manejar?”. Y su respuesta fue más sorprendente todavía: -“Te hubieras quedado en el carro esperando a que terminara de hablar con él”.

Recuerdo también el impacto que suponía, al subir a un taxi o entrar en alguna tienda, escuchar una emisora de radio muy famosa en la ciudad que se llamaba Radio Rumbo. En las primeras horas de la mañana informaban sobre el tráfico de la ciudad desde una avioneta que sobrevolaba la urbe. Emitía música caribeña -la Salsa se llevaba la palma con la frase introductoria de: “Ahí van las dos ligaditas de Óscar de León”-, que alternaban con noticias de sucesos sangrientos: “malandros<sup>1</sup> en la Cota Mil”, “carro a gran velocidad atropella a anciana y se da a la fuga” y que anunciaban con un timbre, din-dom, que recordaba el de las recepciones de los hoteles en su llamada a los maleteros.

La llegada de estos amigos tuvo como consecuencia dos situaciones muy marcadas: nuestro piso se convirtió en un centro de “refugiados” de españoles o de otras partes del mundo que aparecían por Caracas con muchísima frecuencia en busca de una nueva vida al olor del petróleo: vividores sin oficio ni beneficio, modelos, Industriales con complejo de “amo de casa” que intentaba poner orden en los horarios de, sobre todo, las cenas que ellos mismos preparaban. Personajes variopintos todos ellos

<sup>1</sup> Término coloquial usado en Venezuela para designar a un delincuente, especialmente si es joven. (N.E.)

y ellas que hicieron de nuestra casa un centro libertario al que alguien lo bautizo como la “nueva comuna zamorana”. La otra situación, menos romántica y más crematística, era que los gastos los sufragaba el único que tenía un ingreso fijo, es decir, yo. Esto que en apariencia era muy agradable y envidiable para muchos, tenía que tener un fin y ese se produjo cuando yo conocí a Mary, mi esposa, con la que llevo conviviendo 40 años y tengo tres hijos en común. La conoció uno de mis amigos en un restaurante gallego de la zona de La Candelaria, barrio en el que había una gran concentración de gentes procedentes de esta parte de España. Ella y su familia, gallegos de Betanzos (provincia de La Coruña), residían allí desde hacía más de 15 años.

Aquel día tenía “morriña” de caldo gallego y se había acercado a un famoso restaurante en el que mi amigo estaba almorzando con otra persona. El local a esa hora estaba a rebosar y cuando mi amigo y su compañero de mesa la vieron, galantemente le ofrecieron que se sentara. Mary dudó un momento pues no los conocía, pero como notó por el acento que eran españoles, le dio cierta tranquilidad y accedió a compartir mesa. Mi amigo ya entonces le hablo de mí, intercambiaron los números de teléfono, quedaron en verse en la tarde noche, momento en el que yo aparecería en escena. El punto de encuentro era, cómo no, una esquina de una famosa avenida. Pero él no recordaba bien sus facciones y, además ella se había arreglado mucho, y fui yo el que al ver una chica sola, algo nerviosa, en plan de espera, le dije a mi amigo que creía que debía ser ella. Él salió del coche, que me habían prestado mientras negociaba su compra y se acercó a saludarla. Allí empezó nuestra relación. De la manera más delicada y cordial tuve que pedir a otras chicas que frecuentaban nuestro piso dejaran de ir por allí, ya que se había formalizado una relación de noviazgo lo que hacía inviable las costumbres de tiempos pasados. Unas semanas más tarde, supongo, que después de ser aceptado por sus hermanas, decidimos “empatarnos” y comenzamos nuestra vida en común que ha llegado hasta nuestros días.

Mary era producto de una familia emigrante gallega, de las antiguas. Su padre había sido el primero que abandonó su hogar, su familia y su Galicia natal en busca de futuro. Al cabo de un tiempo ya pudo llevarse

a parte de sus miembros: su esposa y tres de sus hijos, los dos mayores y el pequeño. Mary y su hermana Coro se quedaron internas en un colegio que vivía de los hijos de la emigración aunque también había externas. El tiempo pasado allí no fue fácil; las monjas seglares les exigían demasiado apelando al esfuerzo que sus padres en América hacían por ellas, lo cual no era falso, pero se utilizaba torticeramente para lograr tenerlas sometidas a una disciplina severa, casi carcelaria y bastante mojigata. Pero todo tiene su fin y aquel infierno terminó cuando Mary y su hermana pudieron reunirse con su familia en Caracas cuando ella tenía quince años. Tuvieron que adaptarse a una nueva sociedad en la que las jóvenes no podían salir solas, las mujeres no podían entrar en los bares si no era con compañía masculina y donde el machismo latinoamericano unido a la violencia en las calles, dificultaba sobre manera la adaptación de las chicas jóvenes como ella. Pero todo se logra. Se formó como profesional de Secretaría, desempeñó diferentes trabajos en otras tantas empresas hasta que yo la conocí años más tarde.

Por las circunstancias de mi vida errante, yo conocía muy bien Galicia ya por aquellos años. Había estudiado en Vigo de donde espigué muy buenos amigos tanto de la Escuela donde estudié, como de la Residencia Franciscana en la que viví un par de años. Tiempo después, la empresa en la que trabajaba en Madrid me había ofrecido el puesto de Delegado en Galicia de la nueva sucursal que abríamos en Santiago de Compostela y tenía que recorrerme Galicia de Norte a Sur y de Este a Oeste. Esto me permitió conocer la región de manera importante, sobre todo los restaurantes en los que hacía parada o los que compartía con clientes en mis visitas a sus ciudades y que ellos me recomendaban. De Galicia anteriormente salí “virgen”, es decir, sin novia gallega, lo cual no era fácil para los que como yo, habíamos llegado con esa condición de soltería. Ya se sabe lo “melosas” que son las gallegas.

Había vivido allí muy centrado en mi trabajo, muy metido en los ambientes turísticos de la región, muy interesado siempre por la escritura y el arte monacal gallego. Pero tenía ganas de volar, como

las *anduriñas*<sup>2</sup>, a otros mundos desconocidos para mí y aprovechaba cada oportunidad que tenía para ver lugares, conocer personas que habían vivido en diferentes partes, o estudiar destinos turísticos para ofrecer a mis clientes.

Muchos días nuestras conversaciones giraban alrededor de esta parte de España que ella, a pesar de ser gallega no conocía y yo, sin ser local, conocía en profundidad. Cuando pudiéramos, yo le enseñaría toda esa región tan atractiva, interesante y llena de tradiciones. La vida nos sonreía en compañía de mis amigos y de sus hermanas que formábamos otra familia añadida en la que nos apoyábamos para nuestra convivencia.

Así las cosas y después de 2 años de vida en común, llegó lo que tenía que llegar. Mary quedó embarazada. Lo que inicialmente para mí fue traumático pues no quería perder la libertad que suponía la falta de responsabilidades, pero una vez aceptada la nueva situación, la paternidad se convirtió en un torrente de satisfacciones, responsabilidades y momentos indescriptibles de felicidad que culminaron con el parto. Ocho meses más tarde trajo al mundo dos criaturas maravillosas, un niño y una niña, que no solo unieron más nuestras vidas, sino que fue el germen de nuestra actual familia, ampliada años más tarde, con la llegada del tercero de nuestros hijos.

En un país donde el porcentaje de gente de color o mestiza es importante, nuestros hijos llamaban la atención porque eran blanquitos. Cuando Mary recorría las calles empujando la silla doble, las gentes, con su amabilidad característica se acercaban a ver a los “morochos”, como llaman en Venezuela a los mellizos, y después de sus buenos deseos, de quitarles el mal de ojo o cualquier otra superstición, terminaban diciendo: “Dios me los bendiga. ¡Qué blanquitos son!”. Aquello para nosotros era llamativo y maravilloso. Como padres inexpertos, tuvimos alguna experiencia médica con salida de madrugada a las urgencias más próximas. Parecía que nuestro hijo David se moría pues no dejaba de llorar en casa, pero que en cuanto llegábamos a la clínica, el llanto se

<sup>2</sup> Golondrina en lengua gallega. También es usado como nombre femenino. (N.E.)

transformaba en risas con el médico, pues había sufrido un cólico gástrico que ya había desaparecido. Por su parte Paola, la niña, nos acompañaba sin rechistar pues ella no tenía ese padecimiento.

El nombre de Paola no fue premeditado. Nosotros esperábamos un hijo y cuando Mary estaba a punto de entrar en el paritorio, nuestro médico y cuñado Tovar, le dijo: “debes ser fuerte” pues venían dos juntos. En la última ecografía solamente se oía un latido porque estaban uno encima del otro. Todo esto sucedía en la clínica mientras me buscaban por todas las partes para avisarme de que Mary estaba de parto. Yo aquella mañana había tenido una reunión de trabajo que había terminado en almuerzo y en posterior partida de mus. En cuanto pude llegué a la clínica, pero ya no pude entrar al quirófano con ella como teníamos previsto.

Esperábamos a un hijo varón: ropas azules solamente, un solo nombre, David, una sola cuna y sitio en casa solo para uno. De modo que hubo que improvisar, comprar ropa, cuna, elementos para ella, etc. Tampoco teníamos nombre para ella y la niña estuvo tres días sin él hasta que después de darle muchas vueltas le dije a Mary: “espero que te guste el nombre que he sacado de la revista *Hola*, Paola (como la de Lieja)”. A ella le pareció bien y con ese nombre nuestra hija fue bautizada.

Había que registrar a los niños, pero si lo hacíamos sin casarnos aparecerían en el registro como hijos naturales. Para evitarlo organizamos una boda civil previa y registramos ambas efemérides, quedando todo bien arreglado desde el punto de vista social. El religioso, lo arreglaríamos también con el paso del tiempo.

Vivimos una época muy bonita aunque yo apenas puede disfrutar los primeros años de la vida de nuestros hijos. Era la época de la Venezuela Saudita, de la efervescencia económica, de los negocios a gran escala y nuestra empresa funcionaba de maravilla. Con muchas ventas y trabajo que me obligaba a viajar mucho por los destinos que más vendíamos y que fundamentalmente eran las islas del Caribe a las que enviábamos pasajeros: Aruba, Curaçao, Puerto Rico, Saint Martín, Barbados, la ciudad de Cartagena en Colombia y otros muchos puntos a los que tenía que ir con frecuencia a contratar hoteles y servicios, a acompañar



a los grupos o a pagar cuentas. Por otra parte, y como la empresa era española y su central estaba en Madrid, tenía que viajar a España con frecuencia.

El tiempo fue pasando y las circunstancias fueron cambiando. En aquella bonanza económica fueron vislumbrándose síntomas de agotamiento como ya había sucedido en muchos otros países del entorno, y llegó lo esperado: la devaluación del bolívar. La caída fue dramática pues después de 20 años de un cambio fijo, de 4,30 bolívares por dólar, el dólar pasó en aquel “viernes negro” de febrero de 1983, a valer el doble, y desde entonces no ha dejado de caer hasta nuestros días.

Hasta la devaluación del 1983, Venezuela podía ser el único país del mundo donde la gasolina era prácticamente regalada y el agua embotellada se vendía, por el contrario, a precio de agua de colonia; donde los venezolanos en su afán consumista, eran conocidos como los “ta barato dame dos” allá donde iban; donde los aviones que hacían escala en Panamá rumbo a Miami, como si del paso de las termitas se tratara, arrasaban con los stocks de mercancía de las tiendas del *duty free*<sup>3</sup> en tan solo una hora de escala; donde las economías de algunas de las islas próximas del Caribe, se alimentaban del gasto de los venezolanos y donde los movimientos financieros y de divisas no tenían límite para las grandes corporaciones o para quienes de manera personal, querían tener sus ahorros en dólares. Es decir, aquello era un paraíso en lo económico, aunque, en lo social, dejaba mucho que desear. Y esa desigualdad/equilibrio llevó al país a la situación empezada por Hugo Chávez, y continuada hasta la actualidad con la política de Maduro o, mejor dicho, de los Castro cubanos.

Ante esta situación y al ver que el “chollo” de Venezuela se agotaba, mi empresa decidió enviarme a México. Era una empresa pública que pertenecía al ente económico español conocido como INI (Instituto Nacional de Industria), y los avatares políticos le afectaban. El Gobierno

<sup>3</sup> La expresión inglesa *duty free* se refiere a libre de impuestos y, por extensión, a los comercios donde se venden productos exentos de tributos, como en los aeropuertos. (N.E.)

en España había cambiado con las elecciones de 1982 y, con ello, los gestores del grupo y, por supuesto, los de mi empresa. Corramos un tupido velo a esta parte del relato, pues ya se empezaba a vislumbrar en los políticos entrantes cierto tufillo de revanchismo y de falta de modales que, por supuesto, nada tiene que ven con lo que sucede en el momento actual. Con el cambio político cambiaron muchas cosas en España. Había muchos emigrantes españoles en todo el continente americano que, por razones políticas, no habían regresado a nuestro país. Y era el momento de hacerlo. Se había legalizado el *Partido Comunista*, Carillo era uno más de los diputados del congreso, la libertad tan añorada por algunos era una realidad y nos teníamos que acostumbrar a una nueva forma de vida desconocida para muchos de nosotros.

De entre las gentes de emigración que conocí en Venezuela quiero señalar lo sucedido con mi editor de folletos, hombre impecable en el trato y en su compostura. De origen catalán, le había tocado participar en la guerra civil. Estuvo preso en una de las cárceles de donde cada mañana salía un grupo de personas camino a la tapia del cementerio para no regresar. Cada mañana pasaban lista y cuando el nombre de Luis se cantaba, se llevaba un gran sobresalto; aunque para su gran suerte, el apellido siempre era diferente al suyo según me contaba en los largos y gratos momentos de charla que compartíamos. Había llegado a Venezuela vía campos de concentración en el sur de Francia y después de un corto periodo de tiempo que había pasado en Colombia. Había dejado en España esposa y un hijo a los que no había vuelto a ver. No había vuelto a saber nada de ellos en aquellos 40 años transcurridos. Tenía miedo al regreso y a descubrir lo que había dejado o, mejor dicho, lo que había perdido. Pero sobre todo tenía miedo al miedo, al recuerdo de lo sufrido. Después de mucho insistir lo convencí para que viniera conmigo a Madrid con motivo de uno de mis viajes. Volábamos directo a Madrid, pero por razones climatológicas, fue desviado temporalmente al aeropuerto Reina Sofía del Sur de la isla de Tenerife. Este pequeño inconveniente puso muy nervioso a mi compañero que se asustó mucho cuando al descender del avión y entrar en el edificio terminal vio a una pareja de Guardias Civiles que hacían

su ronda por el edificio. Entonces me apretó el brazo y con la mirada perdida en el recuerdo me dijo asustado: “Alberto, la Guardia Civil”. ¡Qué recuerdos le llegarían a su mente! ¡Qué horrores sufridos se le aparecían de nuevo como fantasmas del ayer! Lo tranquilice. Le dije que el pasado era eso, pasado. Que delante tenía un mundo nuevo para reconocer y, si era posible, reconquistar. Sé que disfrutó mucho su primer viaje a España después de más de 40 años de ausencia. Sé que re-encontró a su familia, pero ya era muy difícil recuperar el tiempo perdido.

Mi salida de Venezuela me obligó a dejar sin terminar un proyecto, para mi interesante y sobre todo romántico, relacionado con la emigración de zamoranos a aquellas tierras. Yo quería que los que habían llegado antes que nosotros a Venezuela, unidos a las nuevas generaciones de recién llegados, nos juntáramos para celebrar algunas reuniones que nos recordaran nuestras fiestas locales tales como La Hiniesta, El Cristo de Morales o el de Valderrey, San Pedro, etc. Y que dichas fiestas fueran motivo de encuentro, de camaradería, de conocernos un poco más y sobre todo, de ayuda a quien lo necesitara si ese era el caso. Recopilé una docena de nombres, la mayoría de ellos conocidos entre sí, y organizamos algún almuerzo en el que expusimos la idea, la cual fue aceptada con regocijo por casi todos ellos. Pero cuando tocaba el momento de ir dando forma a la misma, mi traslado a México truncó dichos planes y la idea se murió por no tener un continuador que la moviera. No era hacer la Casa de Zamora, no. Era una reunión de amigos unidos por las circunstancias, con añoranzas comunes y comunes historias del ayer. Fue una pena no rematar la idea.

Cuando llegué a México, país mucho más interesante por su historia, cultura y complejidad, entré en un nuevo mundo fascinante, en una sociedad mezclada, no solamente de razas, sino de criterios, de temores y complejos, de influencias y contrastes, que hicieron de nuestro paso por este maravilloso país una vivencia única e inolvidable. A diferencia de mi paso por Venezuela, país al que llegué sin saber nada sobre su historia, personajes, literatura, etc. en México me aficioné a la lectura de su historia a través de obras como la trilogía de Salvador



Bautizo de los morochos.



Equipo de trabajo de la oficina de Caracas.



Firma del convenio con la isla de Saint Martin.

de Madariaga: *Alvarados y Esquíveles*<sup>4</sup> donde su primer libro, *El Corazón de Piedra Verde*, es un prodigio de conocimientos de la Nueva España recién descubierta y de *vieja* España que todavía estaba recuperándose de la dominación árabe y del mestizaje judío. Entrar en la historia de México es entrar en un mundo de etnias, de religiones, y de tradiciones que llega a su paroxismo con la llegada de los españoles, quienes abren otra etapa que acaba con la Revolución Mexicana y cuya resultante, es una de las historias más interesantes del mundo.

Nuestro paso por México fue corto pero intenso. País y ciudad inmensos en los que, solamente orientarte es toda una odisea y más aún, intentar localizar a personas. No obstante, uno de mis hermanos, me consiguió el teléfono de un amigo suyo que hacía años vivía en Ciudad de México.

<sup>4</sup> El autor se refiere a la serie genéricamente titulada *Esquíveles* y *Manriques*, compuesta por cinco novelas escritas por el escritor español Salvador de Madariaga (1886-1978), publicadas entre 1944 y 1966. (N.E.)



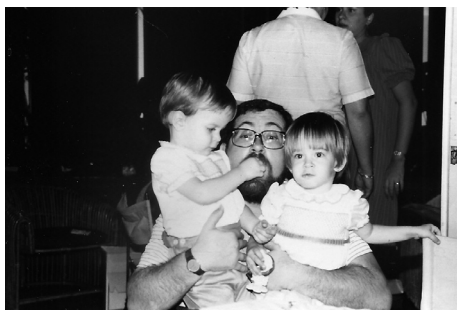
Primer cumpleaños de los morochos.



Con la familia en Galicia.



De vacaciones en Zamora.



Segundo cumpleaños.

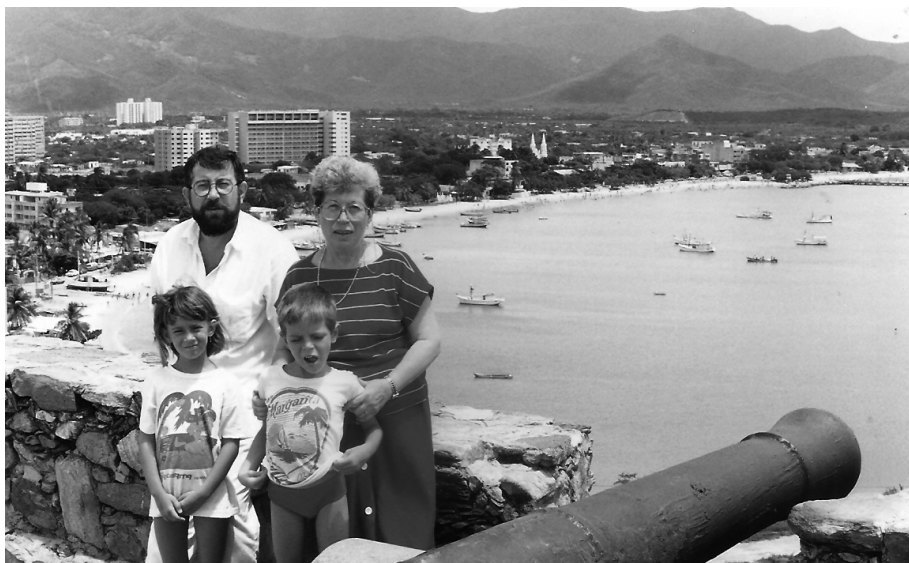


Al llegar a México.



Vacaciones en Acapulco.





En Isla Margarita.



La familia y un agregado.

En mi afán de continuar con la idea dejada a medias en Venezuela, me comuniqué con él y tras una incipiente amistad le pedí ayuda para que, intentáramos hacer ese grupo de amigos de la emigración. Solíamos almorzar una vez al mes, y en los almuerzos salían a relucir situaciones, historias, personas.

Él sabía que, del barrio de San Lázaro de nuestra capital zamorana, había ido mucha gente a México de la mano de un empresario zamorano que se hizo rico en América y que era conocido por el apodo de “El Chingao”. Él conocía a algunos y un día, cuando estábamos preparando nuestra siguiente cita me dijo: “Nos va a acompañar un zamorano muy interesante y poco conocido cuya historia seguro que te llamará la atención”. Con la curiosidad de poder conocer a alguien interesante, llegué al restaurante dispuesto a pasar un rato en buena compañía al sabor de platillos españoles con toque mexicano. Hechas las presentaciones, iniciamos la conversación y fui descubriendo, que delante de mí estaba uno de los personajes de la posguerra civil, el más peculiar e inesperado que he tenido la oportunidad de conocer; uno de los maquis más buscados de las montañas de León, Sanabria y Galicia, de esa negra parte de nuestra historia. No recuerdo su nombre. Sí las historias que me contó.

Sanabrés, enjuto, inteligente, poco corpulento, prevenido, rondando los 80 años, de ojos vivarachos y melancólicos llenos de recuerdos y algo de pena. A medida que pasaban las horas su conversación fue fluyendo y él se fue abriendo. Durante una época había sido el personaje más buscado de España por la Guardia Civil, cuerpo al que le profesaba un gran respeto. Nunca permitió que lo fotografieran por lo que su cara no era conocida salvo en círculos muy reducidos. De hecho, nos contaba que viajaba en los trenes jugando a las cartas con los propios guardias quienes, al no identificarlo, no lo podían detener y, en consecuencia, su seguridad estaba garantizada. En una ocasión, en El Mercado del Puente, en Sanabria, se cruzó con el teniente de la Guardia Civil responsable de su persecución y captura quien sí lo conocía. Y cuando el guardia hizo el gesto de desenfundar la pistola, él le apuntó con el dedo índice de la mano derecha desde el bolsillo de su chaqueta como si de un arma se tratara, lo que le salvó la vida. Que en otra ocasión estaba en Oporto y

llegó la Guardia Civil en su busca, con una sangre fría digna de encomio, él les abrió la puerta de su vivienda y cuando preguntaron por él, les invitó a entrar. “Esperen un momento que ahora viene”, les dijo. Los guardias se sentaron a esperarle, y él aprovechó para desaparecer y evitar que lo apresaran. Hay otra emigración que no está a la vista de la gente. Y, para encontrarla, seguramente hay que recurrir a textos escritos por especialistas, historiadores o descendientes de quienes la protagonizaron.

Después de dos años en México, regresamos de nuevo a Venezuela, en donde el deterioro era manifiesto. Nos instalamos en la Isla Margarita donde trabajé en un hotel ya que, a consecuencia de las sucesivas devaluaciones del bolívar venezolano, este país se había convertido en un destino barato hacia el que, los oportunistas del turismo, habían enfocado sus baterías de vuelos chárteres. La Isla de Margarita es una de las islas del Caribe que ya gozaba de un cierto nombre en el turismo local, sobre todo por sus compras de “puerto libre”. Y, de repente, del día a la noche, se convirtió en el destino internacional al que llegaban muchos canadienses que, huyendo del frío invernal del norte, asentaban sus reales en la isla. Para atender a ese contingente de personas, había que desarrollar negocios paralelos donde los turistas pasaran sus ratos de ocio. Allí había españoles afincados de tiempo. Y entre ellos Julito Galán, un zamorano muy querido, que llevó el pabellón patrio a orgullo y es un digno representante de esa otra emigración anterior, a quien, quiero hacerle un reconocimiento cariñoso y agradecido y darle la bienvenida a Zamora, a donde ha llegado recientemente.

En este contexto de euforia turística apareció la idea de trasladar a la isla el concepto de un disco-bar, trasladando a la isla el concepto, ya muy extendido en España, de la “movida”. Así nació “El Rompeolas” y uno de mis dos amigos llegados de Zamora se encargó de su gestión, ayudado en las relaciones públicas, por otro zamorano que había llegado un par de años antes, para desarrollar el mundo de la animación en los hoteles, actividad poco conocida entonces. Buena música, tragos baratos en las noches tropicales de la isla, ambiente liberal y desenfadado. Éxito garantizado. Pero al olor del éxito llegaron otros problemas derivados de la libertad y de la falta de experiencia en este tipo de actividades. La



policía hizo una redada y, al relaciones públicas le encontraron un cigarrillo de marihuana y pasó a disposición de las autoridades, lo cual se trasladó a la prensa como: “Éxito sin precedentes contra el tráfico de drogas a nivel internacional con la detención de un español, jefe del cartel”. Nuestro amigo debió pasar 15 días horribles en la cárcel abierta de Margarita, es decir, sin techo, hasta que lo pudimos sacar. Sin perder tiempo lo hicimos regresar a España sin más consecuencias. ¡Qué situación complicada!

Nuestro tiempo en Venezuela se estaba agotando. Los síntomas de deterioro del país eran evidentes. Las devaluaciones de la moneda eran constantes por lo que lo poco o mucho que hubieras conseguido en el tiempo allí vivido, cada día valía menos. Y después de una conversación intensa y consecuente, decidimos regresar a España y educar a nuestros hijos como españoles y

no como criollos americanos. Como cada año, yo venía a FITUR<sup>5</sup> en el mes de enero y ese año no fue diferente. Entre los contactos que había hecho y las amistades reencontradas, apareció alguien, antiguo compañero de empresa también de Zamora que me habló de un posible trabajo en Madrid, lo que nos abría una puerta al regreso a

España. Hicimos los trámites necesarios y en abril, aterrizábamos los cuatro componentes de la familia dispuestos a emprender una vez más, una nueva vida aunque esta vez se trataba de nuestro país, España. Una España muy distinta de la que había dejado 13 años antes a la que regresaba con una familia perfecta: Mary y yo, y nuestros hijos David y Paola.



De vuelta a España.

<sup>5</sup> FITUR, acrónimo de la Feria Internacional de Turismo que se celebra anualmente en Madrid. (N.E.)

Hoy, con la distancia que el tiempo impone, sé que nuestra salida de Venezuela fue prodigiosa pues, lo que le vino encima poco después fue de no creer. Nosotros dejamos un país con estructuras y que, si bien es cierto, ya daba señales de agotamiento en lo económico y, sobre todo, en lo político, nunca pensamos que llegara a los niveles de deterioro que hoy vemos. La decisión de regresar a España estuvo más motivada por la educación de nuestros hijos que desde los intereses económicos, pero, de cierta manera, se unieron ambos. Y abandonamos el país en el momento más adecuado. Atrás quedaron años de nuestra vida intensa y maravillosa.

Muchos familiares y amigos no corrieron la misma suerte. Decidieron quedarse por no ver, tan claramente como nosotros, el peligro o no tener otras posibilidades. Y hoy arruinados y añorantes, ven la imposibilidad del regreso sufriendo, lo que es en comparación con los tiempos pasados una mala vida venezolana. Dejamos amigos entrañables que hicieron nuestra vida más cómoda y placentera y nos enseñaron a conocer y querer su país y sus gentes. Aprendimos que hay diferentes formas y objetivos de vida. Que el consumismo, con moderación, hace feliz a las personas. Que vivir al día sin pensar en el futuro es también una filosofía de vida atractiva. Para qué les ha servido a mucho el esfuerzo de ahorrar y tener, olvidándose del ser y que después unos mal llamados políticos y se han quedado con todo. Que una cierta anarquía en el actuar, es decir, no respetar las normas de vez en cuando, también tiene su punto de placer. Y en definitiva, que el tiempo pasado no volverá pero el haberlo vivido te llena de felicidad.

Gracias Venezuela por acogerme y dejarme formar una familia. Gracias México por ahormar mi personalidad. Gracias América por ser tan grande y generosa.